RECIBIÓ LA MUERTE CANTANDO. EL ÚLTIMO POEMA DE FRANCISCO

FRA VÍCTOR HERRERO

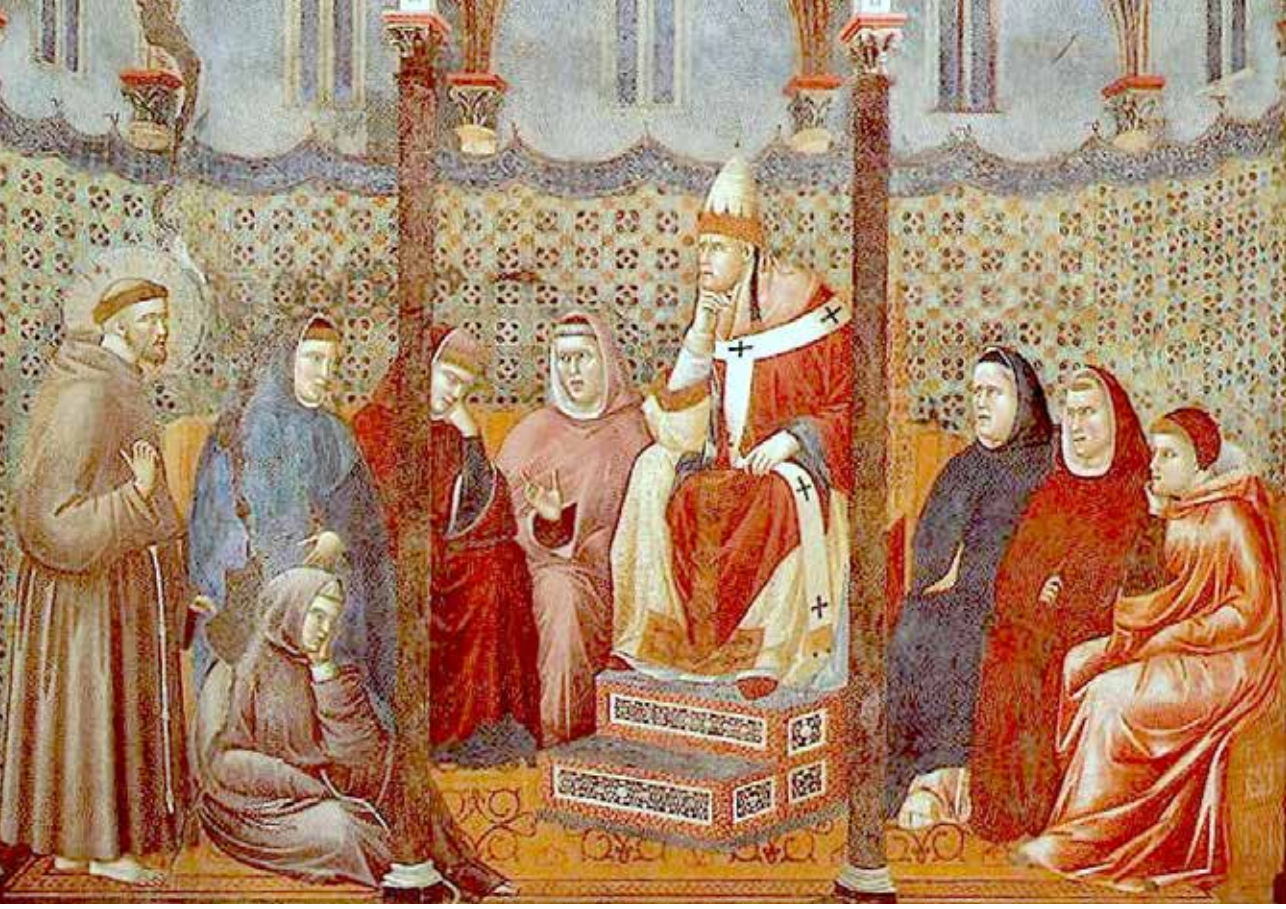
Aquest text és la transcripció de la conferència que pronuncià fra Víctor, caputxí, professor d'Espiritualitat Bíblica a la Universitat de Comillas i de Franciscanisme a la Escuela de Estudios Franciscanos de El Pardo, en el marc de la Trobada de la Família Franciscana a Barcelona, per celebrar el 800 aniversari de la mort de sant Francesc.

Es un regalo estar con todos vosotros, recibiendo junto a todos vosotros un regalo. Eso es lo que siento que he venido a hacer. Abrir las manos, recibir e intentar que aquello que en las manos caiga, no sea retenido por las manos, sino que pase a otras manos, en este caso a las vuestras. El siglo pasado, un jesuita francés que se llamaba Michel de Certeau, que se pasó casi toda la vida estudiando el fenómeno místico y, en concreto, la vivencia y la expresión poética de la mística, la relación que hay entre poesía y mística, escribió una frase que yo nunca he olvidado y que muchas veces viene a mi mente. Michel de Certeau dice que leer, el ejercicio de la lectura, consiste en cosechar con los ojos. Eso quiere decir que delante de un texto siempre hay un fruto que viene a nosotros.

Hay una espiga que primero ha sido plantada, después ha brotado y después se ha convertido en nutriente, en alimento que se nos da. Eso quiere decir también que aquello que nosotros hacemos, que es recibir y comer, eso es cosechar, ha sido precedido por un ejercicio anterior, que es el de la siembra. Esto quiere decir que leer, como casi todas las cosas importantes de la vida, consiste, en el fondo, en agradecer. Por eso, os invito a que juntos cosechemos lo que otros, hace muchos siglos en este caso, han sembrado. A que juntos agradezcamos lo que otras personas tuvieron a bien vivir y después perpetuar en vida en forma de futuro.

El año pasado, 2025, celebramos los ochocientos años de la composición del Cántico de las Criaturas. Y para mí fue un año de innumerables regalos, el 2025, que consisten todos ellos en lo siguiente: en estar delante de muchas personas en sitios distintos, cantando el Cántico de Francisco y tratando de decir algunas cosas de aquello que el Cántico a mí me dice. Y en 2026, yo no tenía previsto que esto continuara, está siendo lo mismo, porque en el octavo centenario del tránsito de Francisco, se me regala, y aquí mismo se me está regalando de nuevo, la posibilidad de contemplar la muerte del santo, la muerte del Poverello, la muerte de Francisco, no como un hecho biográfico anclado en el pasado hace ochocientos años, no como algo que ha sucedido solamente a la persona histórica, Francisco de Asís, sino como mucho más, como otro cántico, como otro poema o como otra cosecha infinita.

Tomás de Celano, es el que escribió esta maravillosa frase que aquí a todos hoy nos ha convocado. Celano dice que Francisco, cuando muere, «morte suscepit cantando». Lo dice en su precioso latín medieval. Dice que Francisco abre las manos, se convierte él mismo en mano abierta y recibe como un don a la muerte cantando. Esto quiere decir que la muerte de Francisco es vida convertida en can-



ción. Lo que os propongo que hagamos, de manera sencilla, es lo siguiente: que nos asomemos con delicadeza, con atención, y eso sí, esto es inexcusable, con espíritu de agradecimiento, a algunos de los textos antiguos que nos narran la muerte de Francisco y que entonan, narrándonos la muerte, la verdadera melodía de la vida de Francisco. Es decir, que acercándonos a textos medievales de hace ochocientos años, seamos capaces de descubrir, aceptar y agradecer la música viva de la vida de Francisco.

Un poeta español, a principios de este siglo, dijo algo con lo que también quiero abrir estas palabras, porque tiene mucho que ver con lo que vamos a hacer. Este poeta es José Hierro, y en un poema precioso él dijo que la poesía consiste en sanar, curar, con palabras antiguas, heridas de ahora. Algo que ahora nos duele, llega la poesía desde el tiempo remoto y con el bálsamo de su bondad nos cura, nos alivia. El lenitivo del lenguaje, el bálsamo de las palabras. Ojalá también que lo que aquí vamos a escuchar cure algunas cosas que, a cada uno de nosotros, en lo profundo de nuestro corazón, nos duelen.

Son seis momentos los que vamos a contemplar juntos. Seis cosas que diferentes textos biográficos de Francisco nos dicen acerca de cómo murió Francisco. Todos ellos, pequeños detalles, son algo así como la invitación a lanzarnos a infinitas galaxias. Son algo así como el objetivo minúsculo, pero de alcance casi infinito, de telescopios que orbitando por las galaxias donde habitamos, nos invitan a ver que detrás de una palabra hay otra, que detrás de un gesto hay otro. Pero, sobre todo, que detrás del hombre, Francisco de Asís, estamos todos nosotros, como él, en el ejercicio infinito de morir cantando y de vivir agradeciendo.

El primer momento tiene que ver con las lágrimas, con el llanto, con ese misterio que consiste en que se exteriorice en forma de elemento natural, en forma de agua, algo que nos pasa dentro a todos nosotros: llorar. Llorar es algo muy profundo. Llorar por amor, llorar por una pérdida, llorar por emoción, llorar por tristeza, llorar también, como lo veremos aquí, por sentirnos desbordados ante la presencia del don.

Los textos antiguos y las diferentes biografías coinciden en este hecho. Cuando Francisco está a punto de morir, acompañado allí en Santa María de los Ángeles por el grupo de hermanos más cercanos a él, estos hermanos, dice el texto latino, estallan en llanto. Podríamos traducir casi bien el latín, «prumum per unifletus», se deshacen en lágrimas, se convierten en lágrimas.

Los hermanos lloran porque Francisco va a morir. Esta sería la primera interpretación más natural del hecho. Alguien va a morir y otros que le acompañan y que le quieren, lloran. Hasta aquí, podríamos decirnos, nada extraño o nada maravillosamente extraño. Que alguien muera y que la gente querida llore porque este va a morir o porque ha muerto, es normal. Entra dentro del orden de lo normal. Sin embargo, como el orden de lo ordinario esconde siempre la maravilla, si buceamos también aquí, si nos preguntamos, poniendo en relación estas lágrimas de los hermanos con algunas cosas específicas de Francisco, ¿por qué lloran los hermanos?, ¿qué refleja el llanto de los hermanos?, descubrimos, como en un joyel, como en una caja maravillosa de tesoros, que un don esconde otro don y que detrás de las lágrimas hay mucha vida.

Los hermanos lloran justamente después de que Francisco haya acometido algunos actos concretos, que son los siguientes. En primer lugar, recibir prestados el hábito, unos calzones y unos pantalones de paño. Dice Celano, el biógrafo de Francisco, que su guardián comprende, por divina inspiración, que tiene que acercarse al santo, tiene que acercarse a Francisco y decirle: este hábito no es tuyo, yo te lo doy prestado. Lo comprende por divina inspiración. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que detrás de esa divina inspiración, hay un conocimiento profundo de cómo ha sido el itinerario vital de Francisco. Aquel que al final de su vida ha agradecido, en su Cántico de las Criaturas, que la forma más plena de la vida es el regalo, que la manera más plena de decir qué es vivir, es decir que vivir es recibir y agradecer. Lo cual significa que la manera más plena de vivir consiste en no poseer. Pero vamos a decirlo con entidad. La manera más plena de vivir, la aventura plena de la vida, consiste en luchar con denuedo, sin pausa, por no poseer. Porque poseer es el pecado, porque poseer es la anti-vida, porque poseer, sentirnos dueños, portarnos como dueños, etiquetar a la vida como aquello que decimos que es nuestro, es lo contrario al acto de crear, que es dar, ofrecer y repartir sin pasar facturas, sin pedir explicaciones, sin pedir siquiera que se agradezca aquello que se ha dado. El guardián de Francisco comprende que Francisco tiene que morir, quiere morir, recibiendo algo que no es suyo. Esto es plenamente bello.

Y el segundo detalle, que se encadena con este primero, es que justo después de esto, justo después de que Francisco reciba un hábito que no le pertenece, dice también Tomás de Celano que Francisco rebosa de alegría. Rebosa de alegría cumpliendo como el último acto de su vida la no posesión, el agradecimiento, la recepción. Se llena de alegría por ser un pobre, por ser una mano abierta, por ser un necesitado. Rebosa de alegría. Quiero detenerme un momento en esta palabra, porque fijaos, en este primer momento estamos hablando del llanto, pero el llanto viene precedido por la

alegría de Francisco. Rebosa de alegría. Estamos en la Pascua, está encendido el cirio, y con el cirio hemos encendido una vela y de alguna manera tenemos que admitir que lo que aquí está sucediendo está siendo iluminado por la luz pascual, por la luz del resucitado. La alegría es la gran palabra de la Pascua. La alegría es la manera más plena de decir qué es la Pascua. En griego, en el griego de los evangelios, alegría se dice de una manera preciosa: «*agalíasis*». Es quizás la palabra más bella de la lengua griega. «*Agalíasis*». Y «*agalíasis*» viene de un verbo griego, que es el verbo *agaliao*, que tiene un significado escondidamente precioso. «*Agaliao*» significa, en su origen etimológico remoto, el movimiento que le es propio a cada ser, a cada criatura. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que la alegría del pájaro, la «*agalíasis*» del pájaro, es volar. La alegría del pez es bucear. La alegría del tallo es erguirse hacia la flor. La alegría del hombre, Francisco, es ser pobre y recibir. El pájaro en el cielo, la flor en el prado, el pez bajo el agua y el hombre en su indigencia maravillosa, en su pobreza, siempre necesitada y alegre.

Francisco muere alegre, porque encuentra la forma plena de la vida en aquello que vitalmente ha estado buscando sin pausa. No poseer, no dominar. Y lo que esto significa: no atemorizar, no amenazar, no dañar, no ser peso para nadie. Morir ligero cuando ligero se ha querido vivir.

Después de esto, recibe el hábito, se llena de alegría y después de esto, Francisco bendice, no a sus hermanos, sería una forma imperfecta de decir lo que pasa, bendice a cada uno de sus hermanos. ¿Qué quiere decir esto? Que se acerca a cada uno de sus hermanos, encara con su mirada la mirada de Francisco, dos vidas se cruzan, dos historias se encuentran y la bendición, que no es como por desgracia a veces es, en el ejercicio litúrgico de la misma, una especie de hecho más o menos indiferente que sucede sin que nada suceda de verdad, aquí la bendición sucede porque sucede el encuentro, porque dos miradas, dos vidas, dos heridas y también dos plenitudes llamadas a ser colmadas de amor, se encuentran. Francisco bendice a cada uno de sus hermanos pronunciando su nombre, haciéndose consciente de su historia, recordando en esa bendición, podemos imaginar lo que cada uno de los hermanos recibe, y es la invitación plena a encontrar cada uno la forma propia de ser hermano.

Porque no olvidemos nunca esto, para Francisco y para el franciscanismo como manera de pensar y vivir, no existe la abstracción, la generalización, la teoría. Existe solamente el advenimiento maravilloso e inagotable de lo concreto. Esta flor, este pájaro, esta tierra, esta mujer, este anciano, esta niña, este hombre. Alguien que puede ser siempre señalado por el dedo, alguien que, como dicen en italiano, está siempre «a portata di mano» de la vida. Extiendes la mano y lo tocas. Extiendes la mano y te encuentras con tu hermano.

Después de esto, solo cuando esto sucede, cuando un pobre recibe, cuando un pobre se alegra y cuando un pobre bendice, después de esto, los hermanos lloran. Lo cual nos hace comprender que el llanto no es el llanto funerario ceremonial, que el llanto es expresión corporal indisimulable del hallazgo interno de la verdadera vida.

El segundo momento en el que quiero que nos detengamos viene expresado por una frase que Tomás de Celano, que es el primero que se dedica a escribir la vida de Francisco y también el primero que nos narra su muerte, una frase que Tomás de Celano toma prestada de la Escritura, de la Biblia, alterándola ligeramente, lo cual no es raro, porque en aquel tiempo la Biblia no era comprendida como un objeto casi, cómo decirlo, artificial, que tiene que ser como hacemos ahora con la inteligencia artificial, que le pedimos una cita y nos da una ristra de citas. No, la Biblia era algo vivido desde dentro. Entonces, las personas tenían la Biblia dentro, manejaban el texto bíblico dentro y por ello también lo alteraban, lo modificaban, lo adaptaban a la propia situación existencial. Bien, pues esto hace Celano: antes de decirnos casi nada, dice una frase que está tomada del libro del Sirácida y que él cita así: «A la muerte de un hombre son desveladas sus verdaderas obras».

Me interesa que nos detengamos en algunas cosas. En primer lugar, el verbo desvelar. Y en segundo lugar, ¿por qué a la muerte de un hombre son desveladas sus verdaderas obras?, porque la muerte es clarificación de la vida, porque la muerte es comprendida como una especie de cortina, de velo, de telón, que se descorre justo en el momento de morir, para que lo que se vea no es el inicio de descomposición de un cuerpo, que eso es lo que entendemos que es la muerte, sino todo lo contrario, sus verdaderas obras, es decir, el peso profundo de qué ha sido la vida.

En la lengua hebrea, en el hebreo de Sirácida, el desvelar se dice así: *«galá». «Galá»*. El exilio bíblico, se dice *«galut»*, lo cual quiere decir que el exilio es un desvelamiento. ¿Por qué ser expulsado de un sitio y caminar cuarenta años por el desierto es un desvelamiento? ¿Por qué morir es un desvelamiento de una verdad? Porque desvelar significa desnudar, aligerar, desmaquillar, encontrarte desnuda con esa verdad que no admite disfraces, con esa realidad que no puede ser convertida en ejercicio retórico de justificación de nada más, con aquello que es lo que es y no puede ser nada más. Eso es la muerte. Porque en el momento de morir, nuestra potencia, nuestra fuerza, nuestra inteligencia, todo lo que durante el decurso de la vida nos ha permitido hacer muchas cosas y también falsearnos a nosotros mismos de muchas maneras, en el momento de la muerte, eso ya no vale, no es posible. Al morir, todos somos impotentes. Al morir, todos somos desnudos, que no podemos acudir a ningún armario para vestirnos con algún ropaje que maquille, ni por dentro ni por fuera, la verdad profundamente desnuda y profundamente cierta de quiénes somos cada uno de nosotros.

Francisco muere y al morir se desvela una verdad. ¿Qué verdad? El propio Celano nos lo aclara en el intersticio de los textos, en el entrecruce de unas palabras con otras, de unos gestos con otros. Dice Celano que Francisco, todos lo sabemos, martilleado por la enfermedad, él, que padece desde los ojos hasta los pies innumerables dolores y heridas (podríamos decir que Francisco es otro Job, que como dice el final del capítulo segundo, no es que tenga dolores, sino que se ha convertido en dolor, no es que tenga heridas, sino que él mismo es una herida hecha hombre), Francisco, lleno de tanto dolor, de tanto sufrimiento físico y espiritual, emocional y también sensitivo, es algo así como un metal, un metal dúctil que ha sido refinado a prueba de dolor. El dolor, como un martillo, ha ido haciendo que Francisco sea lo que es, como el metal, como la obra que se opera en la fragua, aquello que hace que algo aparentemente inmovible, aparentemente incambiable, se convierta en algo muy distinto. El dolor, dice Celano, ha ido convirtiendo a Francisco en quien Francisco es. El dolor.

Pero es mejor detenernos en otra palabra, en este sustantivo precioso que es la ductilidad. Dúctil, el hecho de que la vida nos modele, el hecho de que el encuentro con los otros nos haga ser quienes somos, el hecho de que la naturaleza humana no sea algo así como un inicio totalmente cerrado que va continuando durante toda su vida perpetuándose en su cerrazón. Nazco siendo Víctor, vivo como Víctor y muero como Víctor. Eso no existe. Nace alguien que tiene la infinita, aunque en carácter finito, pero infinita casi capacidad de ir convirtiéndose en quien está llamado a ser. ¿Y cómo Víctor se convierte en Víctor? Recibiendo, dando, amando, pidiendo perdón, recibiendo el perdón, equivocándose, acertando, sufriendo, maldiciendo a veces, aceptando el dolor. El proceso existencial de cada uno de nosotros, que nos hace ser quienes somos. La ductilidad, podríamos decir, a nivel no solo metalúrgico, sino a nivel existencial, el hecho de que la vida nos moldee, el hecho de que seamos lo que el encuentro con los otros nos hace ser, dice algo maravilloso de la vida. Dice, y en la vida de Francisco lo vemos de forma plena, que cada uno de nosotros somos capaces de recibir forma sin destruirnos. Incluso aquello que nos hiere, nos moldea. Incluso aquello que nos curva, nos hace ser quienes somos. Incluso el peso que se abate sobre nuestra esperanza va, puede ir de manera invisible, labrando nuestra verdadera esperanza.

Esto en Francisco lo vemos muy claro.

Estos relatos primitivos acerca de su muerte no nos hablan de cómo murió Francisco, nos hablan de ese Francisco que quiere ser caballero y acaba recibiendo el hábito de un pobre, de ese Francisco que quiere dominar el mundo y acaba habitando un «pezzeto nudo» de tierra, un trocito desnudo de tierra, comprendiendo que esa y no la anterior es su verdadera conquista, su verdadera aventura. Aquel, coronado como rey de la juventud de Asís, que acabará siendo celebrado como el más pobre entre los pobres. Aquel, Francisco, que se ha dejado hacer, que se ha dejado formar, que se ha infinitamente dejado tocar por la realidad del mundo.

Y aquí tenemos que detenernos un momento. En este desvelamiento de la verdad está este gesto maravilloso, este poema dentro del poema, esto que a mí no deja de asombrarme y que creo que me seguirá maravillando hasta un segundo antes de morir, y es el hecho de que Francisco pida morir desnudo sobre la tierra desnuda. Morir desnudo sobre la tierra desnuda. Y dice Celano, desnudo sobre la tierra desnuda, con la mano izquierda, tapaba la herida derecha de su costado. Fijaos qué detalle tan maravilloso. Francisco desnudo, Francisco desvelado, Francisco sin maquillaje, pero Francisco cubriendo una intimidad, cubriendo algo que no puede ser desvelado. O, mejor dicho, haciendo ver que en el desvelamiento total de todo hay algo que nunca se desvela, que la desnudez, que la muerte, que el final, que la pobreza, es también umbral de algo que no nos pertenece. Es también puerta que nos conduce hacia un lugar que ni nosotros mismos podemos vislumbrar. Un lugar hacia el cual no tenemos GPS que nos lleve. Un lugar que se identifica plenamente con el misterio mismo que somos.

Recapitulemos este segundo momento. Es muy sencillo. La muerte desvela una verdad. ¿Qué verdad desvela? La del hombre que se ha dejado hacer, la del hombre que ha aprendido a no oponerse al lenguaje de la vida, que ha ido recibiendo la vida como mensaje y ha ido haciendo que su propio ser se vaya abriendo responsivamente, responsorialmente, como el salmo, a aquello que la vida le dice. Y, en segundo lugar, la de aquel que, desnudo, acepta, sin embargo, que somos cada uno de nosotros custodios de un misterio de amor que no podemos desvelar.

El tercer momento tiene que ver con la lectura del Evangelio que Francisco pide escuchar en el instante previo de la muerte. Dice Tomás de Celano que, cuando Francisco va a morir, pide a los hermanos que traigan el libro, que traigan el evangeliario, que traigan el libro del Evangelio y que

proclamen, lean, el texto que dice: «Poco antes de la Pascua, viendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo hacia el Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta cumplir plenamente el amor». Francisco pide que le lean el evangelio de Juan desde el capítulo trece en adelante. Quiero detenerme en este punto en varias cosas. En primer lugar, que Francisco quiera morir escuchando, no diciendo, sino escuchando. En segundo lugar, algunas palabras que están dentro de este inicio del capítulo trece que Francisco quiere escuchar.

Morir escuchando. Todos pensamos, o podríamos pensar, que justamente en el momento de la muerte, y así casi nos lo han hecho ver en muchas películas y muchas novelas y muchas cosas que hemos recibido desde niños, que justamente en el momento de la muerte es cuando alguien tiene derecho a abrir la boca y a decir lo que quiera decir. Justo

en el momento de la muerte es cuando uno puede decir: «escuchadme todos, porque os voy a decir algo muy importante que tenéis que atesorar, que no tenéis que olvidar nunca. Escuchadme, porque he vivido, y después de haber vivido, os voy a decir lo importante de la vida». Eso a veces sucede y a veces sucede de manera muy bella. Es decir, es un gusto, es un regalo escuchar la palabra última de quien está a punto de pasar de este mundo a la otra vida. Pero Francisco elige otro tipo de lenguaje, no menos pleno que el del que dicta testamento, no menos pleno que del que dice su última verdad. Elige hablar callado. Elige pronunciar la palabra en forma de escucha. Elige pronunciar, como sus últimas palabras, las últimas palabras de Jesús. Morir escuchando. Una palabra que irrumpe, una palabra que nos desconcierta, una palabra inesperable, aunque sepamos textualmente qué nos va a decir. Una palabra cuyas consecuencias en nosotros no sabemos nunca cuáles van a ser. Eso es lo que sucede cuando escuchamos. En el acto de la comunicación, incluso en la comunicación aparentemente más inocente, dos amigos tomando un café, una familia compartiendo la cena juntos, dos que van caminando por la montaña…, incluso en la comunicación más casual, aparentemente casual, se cumple siempre una exposición, podríamos decir, casi plena de la propia vida. El que habla se expone. Porque digo qué pienso, porque digo quién soy, porque manifiesto mi ser. Pero el que escucha también se expone, quizás más, porque permite que algo que no es él, que alguien que él no controla, que una palabra que no ha pasado previamente por el circuito de las propias depuraciones intelectuales, que la palabra del otro, que el otro hecho palabra, entre en uno y le desarme, le desarticule, le hierva, le desoriente o le oriente, le sane y le estructure. La irrupción de la palabra del otro.

Y esto que sucede en el nivel humano de comunicación lingüística, sucede cuando de verdad hay escucha, cuando escuchamos la palabra de Jesús, cuando escuchamos el Evangelio. De hecho, este sería un buen termómetro de medición, digo yo, acerca de qué se está produciendo cuando leemos o escuchamos las palabras del Evangelio. Sucede que viene lo que ya sabíamos que iba a venir, porque es una palabra que hemos escuchado cien veces y cien veces hemos experimentado que me lleva hasta aquí y ya está. O sucede que algo que conozco o que conocía es permitido por mí, que llegue a mí en una forma desconocida y me haga sentir, pensar, recibir algo que nunca de esta manera había recibido como ahora estoy recibiendo. Eso es lo que Francisco de Asís llama evangelio como forma de vida. Es decir, evangelio como forma de vida es Palabra que puede venir y formarme. Y formándome, me deforma, me quita las formas que tenía y me va dando otras formas en un ejercicio como el metal que decíamos antes, que supone que exige casi esa apertura total a la irrupción total de aquel que no soy yo y a quien yo no puedo dominar. Morir escuchando, morir recibiendo, morir abriéndose al imprevisible encuentro con la palabra que me orienta.

Pero fijaos, esto que es así, tiene que ver también con el contenido de cómo son las cosas. En ese inicio del evangelio de Juan que Francisco quiere escuchar, nada hay que pertenezca al orden inocente de la casualidad. Nada hay casual. Todo está orquestado y enhebrado por una aguja hilada con un tejido muy fino. En el orden de lo que aquí sucede, Francisco quiere escuchar unas palabras que hablan de la hora, del tránsito y del amor hasta la muerte, del amor hasta el final, del amor completo.

Dice el evangelista Juan que Jesús sabe que ha llegado la hora. Y Francisco sabe

que ha llegado la hora. ¿Qué significa la hora? En el cuarto evangelio, esta expresión, la hora, no es una hora cronológica, no son las tres de la tarde, ni las ocho de la tarde. No es eso. La hora es la manera evangélica, bíblica, de decir que el tiempo, que el instante es teológico, está lleno de contenido. Todo instante, todo tiempo, todo momento, todo el leve transitar de la aguja en la circunferencia del reloj, es infinita ocasión, en algo concreto, de encontrarnos con la presencia de Dios. Toda hora. Y dentro del tiempo teológico, hay una hora, esta hora, en la cual lo que siempre es, ahora es más. El tiempo, que siempre es vehículo de quién es Dios, ahora es más. El tiempo, que siempre es espejo, para vernos desnudos en el encuentro con Dios, ahora, en el momento de la muerte, lo es más. No hay vuelta atrás. Ya no hay manera de volver a la ambigüedad de lo real. Lo ambiguo se desambigua, lo diferente se convierte en lo único. Ha llegado la hora. Y la hora, dice el evangelista Juan, tiene que ver con el tránsito, en griego con el *«metamé»*. Tiene que ver con el ir más allá, que tenemos que entenderlo de una manera orientada en esta dirección. Ir al más allá, juguemos con las palabras, significa ir más allá de uno mismo. Nadie que no transcienda su propio yo, puede ir al encuentro con nadie. Nadie que no rompa la coraza del propio yo, puede ir a un lugar, a un momento, a un encuentro, donde lo que le espera no es la prolongación infinita del yo, sino la sorpresa infinita del encuentro con el tú.

El tránsito es ir más allá de uno, superar el umbral, transcender el umbral de lo propio para ser capaz de encontrarnos del todo con el otro, con el tú. Esto hace Jesús. Esto quiere hacer Francisco. E igual que Jesús, también Francisco quiere llevar, quiere conducir el amor, dice Celano, hacia el final, hacia el cumplimiento pleno.

En el evangelio de Juan lo vemos muy plenamente. ¿Qué significa que habiendo amado a los suyos, los amó hasta el

extremo? Esto es muy táctil, es muy visual. Habiendo amado a los suyos, en el evangelio de Juan, lo que Jesús hace es ceñirse un delantal, ponerse de rodillas, coger una jofaina, llenarla de agua, arrodillarse y amar a los suyos hasta el extremo, hasta el pie, hasta la uña sucia del pie, hasta el extremo de la vida, hasta el extremo de la corporalidad, hasta la punta más desnuda y más frágil de la propia existencia. Que nada quede sin cubrir de amor, que nada quede sin ser contemplado, recibido, aceptado, puesto a disposición del encuentro. Amar a los suyos hasta el extremo. No amar las ideas, sino los pies. No amar la biografía perfecta, sino los pies sucios, heridos, manchados. No amar a quien ya sabe hacia dónde va y va plenamente hacia ahí, sino también amar a lo que todos somos, al errado, al titubeante, al frágil, al desnortado. Los pies. La forma plena de amor evangélico es el amor en los pies, en esa corporalidad, en ese lenguaje silente, pero imparable, que recuerda que somos camino.

Esto hace Jesús y esto quiere hacer Francisco, amar a sus hermanos hasta la punta de los pies, convertir su muerte en manera plena de decir que no hay nada de los hermanos que no pueda ser convertido en gracia, que no hay nada de la vida que no pueda ser desposeído, que la posibilidad de ser hermano, el gran sueño de quien primero quiso ser caballero, es algo real, tangible y vivible por cada una de nosotras y cada uno de nosotros en el momento concreto en el que estamos.

El cuarto momento, que tiene que ver con otro gesto de Francisco, desvela, como van desvelando estos textos anteriores, que en el morir está escrito el lenguaje de la vida y que en la liturgia de la muerte hay aquí una escenificación casi dramatúrgica de cómo un hombre quiere morir. En este guión casi teatralizado de la muerte, Francisco, y así lo han entendido Celano y sus biógrafos, nos está cantando por última vez su gran poema, nos está dando la última estrofa de su vida, nos está diciendo algo acerca del vivir. Uno de los últimos momentos de la vida de Francisco tiene que ver con lo que Francisco pide. Dice Celano lo siguiente. Dice que Francisco se hizo traer un poco de pan. Hizo que le trajeran un poco de pan. Lo bendijo, lo partió y dio un pequeño trozo, un pedacito a cada uno de sus hermanos. Solamente esto daría para pensar detenidamente quién es Francisco y qué es vivir franciscanamente la existencia. Solamente este gesto daría para muchísimo.

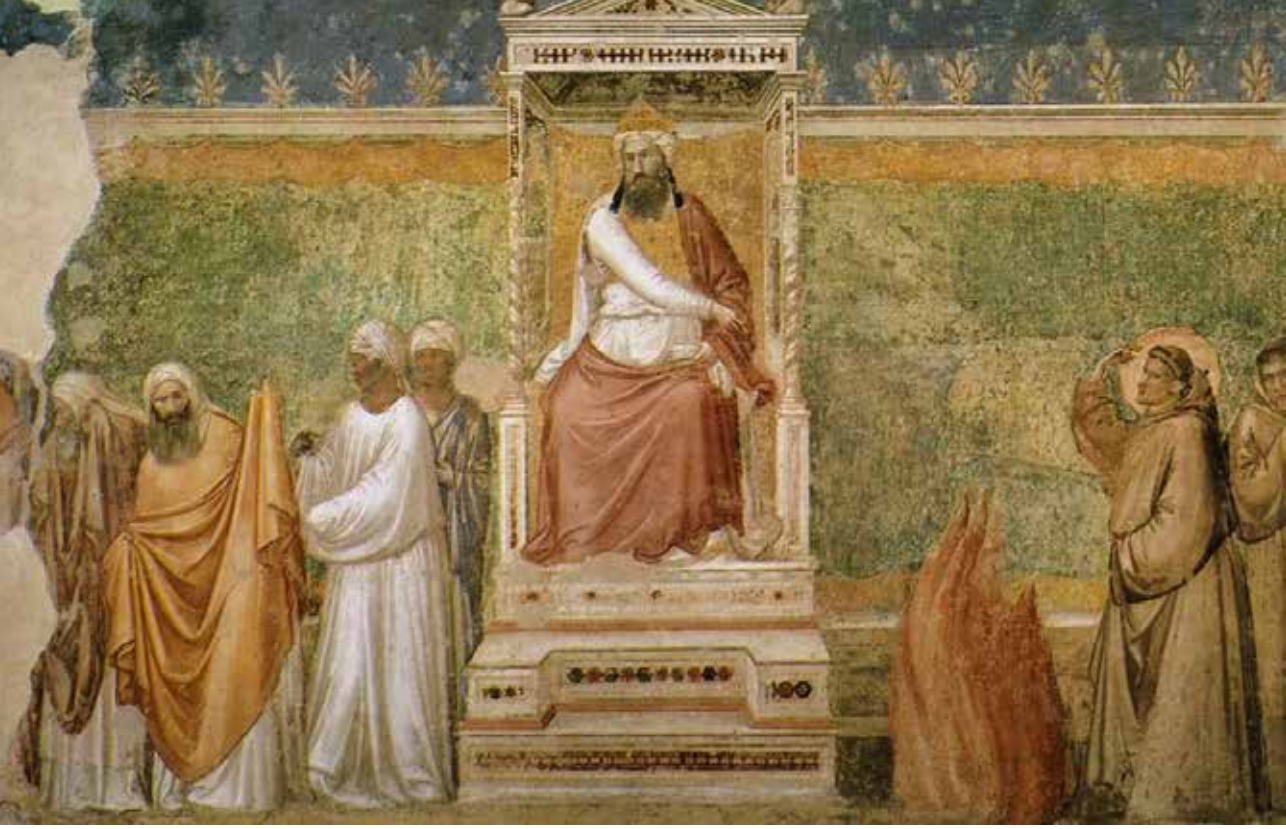
Cuatro verbos. Francisco, primera cosa, hace que le traigan. Eso ya es un verbo. Pide a otro que le traigan pan, porque él no tiene pan, porque él no es panadero, porque él no tiene la llave de la cánova, porque él no puede decir: cojo y doy. Pide que le traigan pan. El indigente, el pobre, el desnudo, el necesitado, pide a otro que le traiga pan. Segunda cosa. Francisco lo bendice. Tercera cosa, lo parte con sus manos a punto de morir, con sus manos llenas de heridas, con sus manos llenas de dones recibidos. Con esas manos con las que Francisco ha tocado el leproso, ha tocado el agua casta, ha acercado la piel al fuego. Con esas manos con las que Francisco ha jugado haciendo que atrapaba las estrellas. Con esas manos con las que Francisco ha acariciado. Con esas manos llenas de dolor y de amor. Con esas manos Francisco parte el pan y da un trocito a cada uno de sus hermanos. Cuatro verbos, podríamos decir, que reflejan algo así como la estructura vital de Francisco. Podríamos decir, se me ocurre, a modo de juego, que una biografía teológica, existencial, de la vida de Francisco podría vertebrarse en cuatro capítulos que se titularan respectivamente así: Pedir el pan, primer capítulo. Segundo capítulo, bendecirlo. Tercer capítulo, partirlo. Cuarto capítulo, entregarlo.

Podríamos recorrer la vida entera de Francisco mediante esta estructura eucarística de su propia vida, cómo un hombre se ha ido convirtiendo en pan, cómo un hombre se ha ido desposeyendo de sí mismo lenta y humanamente, pero totalmente, hasta tal punto que aquello que Francisco entrega cuando entrega a sus hermanos un trozo de pan, no es un trozo de trigo, de cebada o de centeno, sino la propia existencia, el propio vivir, la propia vida.

De aquí quiero detenerme en dos cosas. El verbo partir. Francisco parte el pan. En latín, el verbo que aparece es el verbo «frángere», de donde en español vienen dos palabras aparentemente inconexas, pero que vienen de la misma raíz. De «frángere» viene frágil, aquello que puede ser partido, y fragmento, aquello que ha sido ya partido. Un fragmento es algo roto y alguien frágil es alguien que puede romperse. Frágil y fragmento. Es el verbo que Celano utiliza. Partir el pan, «frángere pane», es muy especial. Francisco no corta el pan, aquí Francisco no está sentado en una mesa de la alta aristocracia inglesa donde se ponen guantes, cogen un cuchillo y parten simétricamente trozos de pan para que no caiga una miga en el mantel y para que cada uno reciba exactamente la misma proporción de alimento. Francisco no es un lord inglés, Francisco es un poeta umbro, es un juglar, maravilloso juglar medieval. ¿Qué hace Francisco? Coge el pan y lo parte. Y cuando lo parte, caen migas. Cuando lo parte, caen migas y vemos la imperfección. No existe la perfección. No existe aquello que pueda ser tenido solamente como tal. Cuando partes y das, algo cae y no se da, y queda ahí para los pájaros o para las hormigas. Cuando partes el pan, cuando lo partes con tus manos y no con el cuchillo del maître, cuando partes el pan de verdad, a cada uno le toca lo que le toca. Y puede ser que a ti te toquen dos centímetros y a ti tres y medio. Porque son trozos distintos para personas distintas.

Y dice Celano que después de partirlo, no cortarlo simétrica, perfecta e higiénicamente, sino partirlo enhebrando el propio dolor, la propia imperfección en ese gesto perfecto de entregar el pan, después de partirlo, reparte un trocito a cada uno. Y aquí, otra vez lo mismo. Reparte un trocito a cada uno de los que se acercan, de los que se dejan mirar, de los que se dejan conocer, de los que recibiendo el pan, reciben la mano, de los que recibiendo el alimento, reciben la herida, de los que recibiendo el don, el don total, los que recibiendo el fragmento, reciben la fragilidad.

Esto me hace recordar lo que sucede en el capítulo 24 del evangelio de Lucas. El encuentro de los dos caminantes: Cleofás, se llama uno, y el otro o la otra no sabemos quién es, no tiene nombre. Van caminando y se encuentran con Jesús y caminan juntos. Y Jesús habla y llega la noche. Y Jesús hace que se va, pero no se va. Y le retienen y se sientan y cenan. Y Jesús pide pan, lo toma, lo parte y lo pone en sus manos. Y solamente ahí, cuando el trozo de pan está en la mano, cuando hay pan en mano, vida en vida, cuerpo en cuerpo, fragilidad convertida en fragmento, solamente ahí, a los discípulos, dice Lucas, se les quita el peso de los ojos, ven y se alegran. Esto lo explicó muy bien Simone Weil, aunque no hablaba de este texto, pero hablaba del texto de la vida, diciendo esa frase que siempre que puedo la digo porque me parece que tiene que ser dicha casi todos los días de nuestra vida. Simone Weil, que comprendió muy bien que lo contrario de la tristeza es la realidad. La realidad. ¿Qué es la realidad? Al principio esos discípulos están tristes porque han perdido la idea de Mesías que tenían. Era irreal eso. Y lo irreal es un vacío que, como todo vacío, provoca desconcierto, tristeza, ausencia. Ahora, después, hay realidad.



¿Qué realidad hay? Un trozo de pan en las manos. Basta tocar un trozo de pan para comprender que lo real es real, que Jesús no es una idea teórica de mesías, sino aquel que parte y reparte el pan, aquel que da pan, que continuamente se da, se entrega realmente convertido en realidad. La tristeza se convierte en alegría cuando lo utópico se convierte en real, cuando el Mesías político soñado se convierte en trozo de pan recibido.

Cuarto momento. Seguimos dentro de lo gastronómico, seguimos dentro de la mesa de la muerte. ¡Qué maravillosa es la muerte de Francisco! Cuántas cosas vemos aquí. En cuántos escenarios se convierte el lecho mortuorio de un moribundo. En cuántos universos somos invitados a pasear en ese pedacito de tierra llamado Porcíuncula, cuando leemos con profundidad qué es la muerte de este hombre.

El cuarto elemento tiene que ver con la llegada de Jacoba, de fray Jacoba, del amigo hermano Jacoba. Aquella mujer, no os olvidéis nunca, que yace justo enfrente de donde Francisco yace. Alguien muy querido tiene que ser. Y así fue comprendido también por los hermanos que salvaron, perpetuaron y siguen perpetuando esa tradición de que el hermano Francisco esté frente al hermano Jacoba, de que Francisco esté junto a fray Jacoba, junto a la «nobile donna» Jacoba da Settesoli. Esto no nos lo cuenta Celano, sino el «Speculum Perfectionis», el Espejo de perfección, otra fuente antigua muy bonita. Francisco pide a los hermanos que escriban una carta a Jacoba y que en esa carta le pidan que venga, porque Francisco va a morir, y que le traiga dos cosas. Una cosa es el paño color ceniza. Y otra cosa, esos dulces que Jacoba hacía y que tantas veces le dio en Roma, los mostaccioli. Pide dos cosas: algo que tiene que ver con la muerte, un paño para cubrir su cuerpo muerto, y algo que tiene que ver con la vida, unos dulces, no solamente con los que alimentarse, no es alimentarse lo que quiere Francisco,

quiere gozar, quiere deleitarse, quiere disfrutar. Esos dulces, los que le gustan, los mostaccioli, no otros, esos, los que a él le gustan.

Esto es maravilloso. Este es Francisco de Asís, recordándonos que la vida es paradoja y que en la tensión de dos cabos de cuerda que tienen que estar siempre en relación, aunque nunca se encuentren, ahí está la verdadera vida. Qué maravilloso hombre, qué maravilla de corazón es el que justo antes de morir pide un paño con el que ser envuelto y unos dulces con los que disfrutar. Pide la muerte, pide la vida. Mostaccioli y paño color ceniza.

Quiero detenerme en dos cosas. En primer lugar, algo que es de Francisco y algo que es de todos nosotros carismáticamente, de los franciscanos y de las franciscanas. No nos olvidemos nunca de que esto segundo, franciscanismo, solo existe porque existe eso primero, Francisco. El ismo, para que no sea una torcedura, una impostación, tiene que estar continuamente buscando el encuentro con la persona de Francisco. Y en este caso concreto lo vemos muy bien. Francisco pide algo concreto. No pide un trozo de tela, pide un trozo de tela «grigia». Un trozo de tela como la tierra. Ese trozo de tela. Ese. Y no pide un dulce, pide este dulce. Lo concreto.

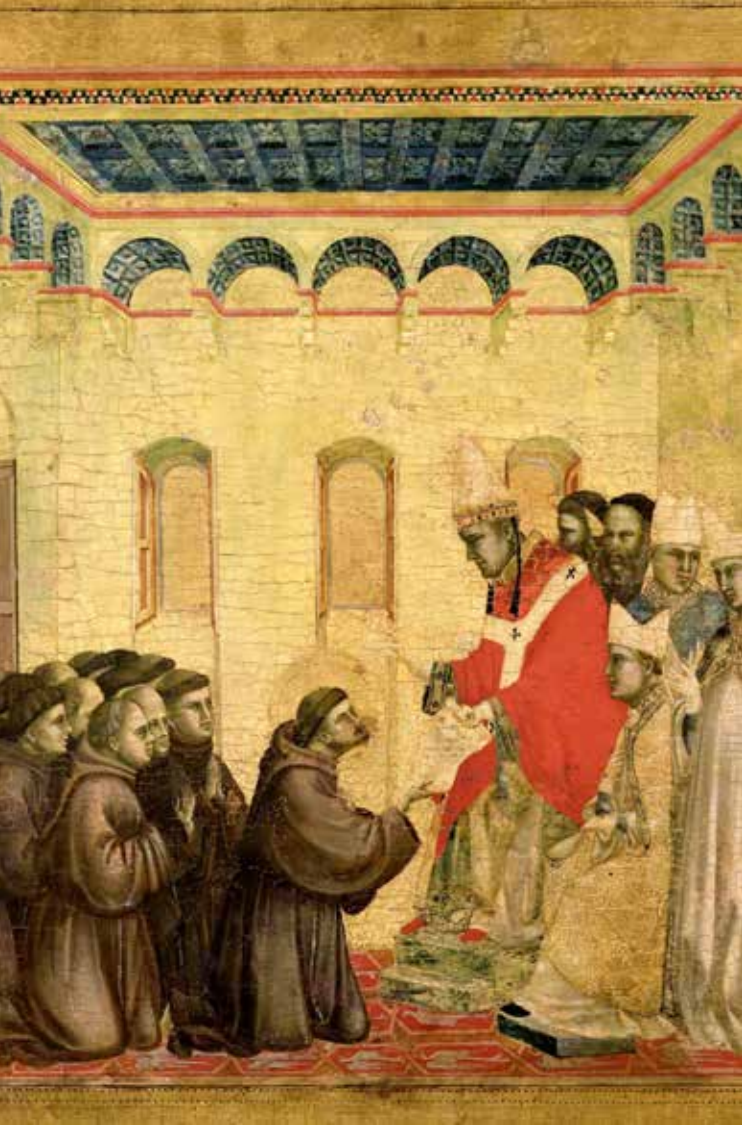
El Cántico de las Criaturas es el himno de lo concreto. Francisco no alaba al sol, a la luna, a las estrellas, al fuego, al agua, a la tierra, a la flor que tiene la tierra, a la muerte como una cosa antropológica, al perdón como una posibilidad ética, a la manera posiblemente humana de aceptar la enfermedad, teóricamente no alaba eso, no pone sus ojos en eso. Pone sus ojos en este sol de esta tarde, en este río, en esta lluvia, en este granizo, en esta hoguera, en este incendio, en este huerto, en este fruto que pende como una víctima casi del árbol a punto de caer.

Lo concreto, lo concreto, lo táctil, lo audible, lo que existe, lo que puede ser interpelado como un tú, y como un tú nos interpela, lo concreto. Y por eso del cántico de lo concreto no puede sino emanar, la idea no teórica, sino verdadera, de un Dios del cual se ha hecho experiencia concreta, con el que se ha caminado, junto al que se ha llorado, al que se ha llamado a la puerta, pidiéndole de verdad en la puerta verdadera: ven, tú que estás verdaderamente ausente a mí, que estoy verdaderamente sediento. Lo concreto. Este dulce, este paño.

Pero fijaos qué cosa pasa. Jacoba llega y trae lo que Francisco le pide. Lo que ocurre que lo hace antes de que le llegue la carta. Antes, de hecho, de que la carta salga. Están los hermanos, dice el Espejo de Perfección, está el secretario del grupo, el más listo, el que sabe escribir bien en latín, está escribiendo la carta y en el momento en que todavía no ha firmado la carta, he aquí, esto es un maravilloso texto medieval, claro, he aquí que Jacoba llega con su séquito y trae lo que Francisco ha pedido: el paño color ceniza, un buen grupo de mostaccioli, lo que Francisco quiere, pero también trae algo que Francisco no ha pedido y es incienso Trae dos cosas que Francisco ha pedido y una cosa más que Francisco no ha pedido: incienso. Trae incienso. ¿Qué significa esto? Esto es puro evangelio. Y por eso, como la muerte de Francisco es puro evangelio, como la muerte de Francisco es pura existencia, es pura vida, no podía no estar esto aquí presente. ¿Quién es Jacoba? Es la amiga. Es quien ama a Francisco. Es quien tiene una relación personal, tú a tú con Francisco. La que está enterrada enfrente de él. No olvidemos esto.

Simone de Beauvoir, en un libro maravilloso y a la vez terrible, decía a la muerte de Sartre: «Aunque me entierren a tu lado, de mis cenizas a tus huesos, nunca habrá ningún pasadizo». Es terrible. Están enterrados al lado. En París yacen uno junto al otro y bellamente la gente pone flores para que vaya la gente de una tumba a otra. Pero Simón de Beauvoir decía que la muerte es el lugar donde ha habido amor, pero ya no hay encuentro. Jacoba nos dice lo contrario. Y en la basílica, en la cripta de la basílica del Sacro Convento, contemplamos todo lo contrario, que hay pasadizo porque hay amor.

¿Por qué trae incienso? Por una cosa maravillosa, evangélica y franciscana. Y es la siguiente: donde hay amor, hay siempre exceso. Exceso. El que ama no se limita a traer los productos de la lista de la compra. El que ama, junto a las patatas, junto a la cebolla, junto al aceite, trae una flor. Trae lo inútil, la maravilla de lo inesperado, la irrupción de lo maravilloso, el exceso del amor. Si no hay exceso, ¿puede haber amor? Sin esa mujer que poco antes de que Jesús muera derrama excesivamente ese perfume en la estancia aquella, llenándolo todo del olor del nardo, sin esa mujer excesiva y exageradamente amante, ¿puede haber amor? Pero si no hay exceso, ¿puede haber cruz? Si no hay exceso, ¿puede darse el capítulo 24 de Lucas, que el Resucitado parta el pan y lo entregue? Eso es un exceso de amor. Has muerto, has resucitado, ya está bien. Pero que encima camines, te entregues, pases la noche, partas el pan y lo entregues, eso es el incienso. Es un maravilloso elemento simbólico que nos recuerda en el momento en que Francisco muere, lo que Francisco ha aprendido viviendo, lo que el Cántico celebra, y es que la vida es excesiva. ¿Por qué es excesiva? Porque no hay necesidad de nada. Y partiendo de eso, todo es algo que colma, sobreabundándolo, el recipiente que cada uno de nosotros somos.



Francisco muere en la tarde del 3 de octubre del año 1226. Es octubre, los días se van recortando, ya no estamos en el mayo italiano, en el junio italiano. Es la hora de las sombras, es la hora en que las aves de la luz se retiran a sus nidos. Pero dice Celano que los pájaros, que los seres de la luz, encuentran en la muerte del santo luz, que en la hora de la muerte encuentran la imantación irresistible de la fuente de la luz. Estamos en la Edad Media. Y en la Edad Media todo tiene un sentido preciso. El hecho de que estos pájaros sean alondras y no gorriones, ni pájaros carpinteros, ni petirrojos, tiene un sentido pleno. En primer lugar, por el nombre de la propia ave. Siempre los nombres. No olvidéis esto. Los nombres, las palabras, el misterio del lenguaje que pone delante de nosotros, el misterio del que cada uno estamos hechos. Alondra, en italiano la «allodola», en latín, es la «alauda». Y en latín medieval, por una corrupción que es normal entre el italiano y latín, la «alauda» se convierte en la «lódola». Lo maravilloso es que en la raíz escondida de todos estos términos encadenados que acabo de decir, late un término latino, que es el que taxonómicamente ha dado nombre al ave, el que ha dado nombre a este pájaro. Y es la palabra latina «laus». Laus, alabanza. Etimológicamente, aquellos primitivos romanos en el tiempo, encontraron que en ese ave estaba presente la alabanza. Son pájaros que viven alabando.

Última cosa. Los pájaros. No podía faltar en la muerte de Francisco la presencia de las aves. Que los pájaros vuelen y que los pájaros se posen es uno de los misterios más fascinantes de esta vida. Cuando Francisco muere, dice Tomás de Celano: «Mientras el santo estaba expirando, las alondras, aves amigas de la luz y enemigas de las tinieblas, volaron sobre el tejado de la casa. Y aunque ya era el crepúsculo, la hora en que suelen retirarse, giraban con un grito insólitamente alegre por encima del tejado, durante un tiempo no breve, como para testimoniar la gloria del santo que pasaba a la otra vida».

Que Celano ponga sus ojos en este pájaro, que el pájaro que celebra la muerte de Francisco sea el pájaro que alaba, nos dice que la primera liturgia que se celebra acerca de la muerte de Francisco no

la hacen ni los frailes, ni el obispo, ni los fieles de Asís, sino los pájaros. Los primeros que celebran litúrgicamente la vida de Francisco y llevan el significado pleno de la vida de Francisco consigo, son los pájaros. Pero, ¿por qué los pájaros? ¿Por qué los pájaros de la alabanza? ¿Por qué los pájaros del agradecimiento? Esto lo explica muy bien, aunque no lo haga refiriéndose a la muerte de Francisco sino hablando del evangelio, Kierkegaard, en ese ensayo maravilloso que escribió acerca de los lirios del campo y de los pájaros del cielo, tomando la frase evangélica, tomando la imagen evangélica del evangelio de Mateo. Kierkegaard dice que cualquiera que se deleite contemplando pájaros en cualquier lugar donde hay una rama y un pájaro, cualquiera que contemple el pájaro, lo contempla de verdad. Y es que el pájaro, como la flor, el pájaro es el ser del aquí y el ahora. Ese es el pájaro, el aquí y el ahora, el ser en el cual coincide plenamente la identidad y la acción. ¿Quién es el pájaro? El que vuela, el que se posa, el que picotea, el que escarba, el que hace el nido, el que salta del nido. Ese es el pájaro. No hay capacidad de fingimiento. Y porque no hay capacidad de fingimiento, no hay capacidad de proyección. Es el ser desnudo en el presente. Es el ser que comprende, desnudo en el presente, el significado de lo que está sucediendo. Por eso son los primeros teólogos franciscanos, los pájaros. Los primeros que comprenden plenamente quién es Francisco y hacia dónde nos lleva su vida.

Dice Celano que los pájaros cantan «cum insolita laetitia», con una alegría no vista hasta entonces. ¿Por qué los pájaros cantan con una alegría que hasta entonces nunca se había visto? Por lo que hemos explicado antes. Porque muerto, Francisco ha llevado a plenitud la vida. Porque la alegría de la resurrección, en el pobre de Asís se ha cumplido. Porque desnudo sobre la tierra desnuda, porque partiendo y repartiendo previamente el pan, porque recibiendo como un pobre un trozo de tela que no es suya, porque comiendo los mostaccioli de la amiga, porque siendo incensado y recibiendo el exceso de amor de quien le ama, Francisco nos está diciendo en qué consiste la verdadera humanidad.

Lo cual quiere decir que aquí no hemos estado hablando de cómo murió Francisco. Hemos estado soñando juntos en qué consiste la vida humana de verdad. Cuáles son las raíces de la vida, los parámetros que tejen la existencia, el camino que hace posible la construcción de un ser humano de verdad.

Mediante el llanto vemos que la fraternidad es real. En la muerte que desvela y que no destruye, pero que protege, vemos que tenemos dentro de nosotros algo que nunca podremos pervertir ni vender, porque somos todos custodios de un misterio. Recibiendo la Palabra, escuchando el evangelio de Juan, Francisco nos recuerda que no existe nunca soledad plena, porque siempre existe posibilidad de recibir la palabra de alguien. En el pan tomado, bendecido, partido y repartido, vemos que la estructura de la vida coincide punto a punto con la estructura inagotable de la oblatividad, de la gratuidad, del don. En la presencia de Jacoba, vemos que el amor habita lo concreto y lo colma, lo desbarata de expectativas, lo supera. Y en la presencia maravillosa de las alondras, Francisco nos recuerda que estamos aquí misteriosamente, gratuitamente, humanamente, para ser también textos leídos por las aves, textos capaces de resonar profundamente con el lenguaje del mundo. Vidas, la de Francisco y la de cada uno de nosotros, que nunca transcurren con indiferencia, sino que pueden ser leídas en su inagotable y maravillosa pequeñez como presencias plenas del don que el que nos hizo nos ha querido dar. Paz y bien a todos vosotros.